La memoria posible

Ubaldo Plaza

La memoria posible
Ubaldo Plaza

Editado por:
PUNTO ROJO LIBROS, S.L.
Cuesta del Rosario, 8
Sevilla 41004
España
902.918.997
info@puntorojolibros.com

Impreso en España
ISBN: 978-84-15761-77-8

Diseño de cubierta:
© 2013 Ariadna Plaza

Maquetación, diseño y producción: Punto Rojo Libros
© 2013 Ubaldo Plaza
© 2013 Punto Rojo Libros, de esta edición

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamos públicos.

Dedicado a mis hijas Laia y Ariadna, en la esperanza de un futuro más justo y feliz, sin las vicisitudes que sufrió la generación de sus padres y abuelos.

Si he perdido la vida, el tiempo, todo
lo que tiré, como un anillo, al agua,
si he perdido la voz en la maleza,
me queda la palabra.

Blas de Otero

Agradecimientos

Antonio Pérez Roldán, poeta y amigo, me ha animado a seguir adelante y escribir el libro; sus correcciones al borrador y sus valiosos consejos ha contribuido sin duda a mejorarlo.

La publicación del libro debe su realización a la valiosa ayuda de Joaquín Fernández.

Silvia Banasco me puso, sin saberlo, en la senda de esforzarme para escribirlo.

Índice

Primera Parte..... 19
I En las barracas de Pueblo Nuevo..... 21
II Explotación infantil..... 38
III La oferta de Mariano el carretero..... 76
IV De La Peza a la Cárcel..... 81
V José Fernández Castro, la libertad..... 86
VI En Guadix, de monaguillo..... 95
VII Reunificación familiar..... 100
VIII En Sierra Morena con los maquis..... 107
IX De Guadix a Tarrasa: La brigadilla de la guardia civil..... 117
X En el Obach: el "masovero" y la guardia civil..... 140
XI Todos al monte..... 149
XII En La Mata. Cortando leña. El carbón..... 156
XIII De fiesta en La Mata..... 160
XIV Todos a Tarrasa, menos yo..... 165
XV Invierno del 56, frío, mucho frío..... 174
XVI Regreso al monte..... 202

Segunda Parte..... 209
I José López Neiro. Relación con el PCE-PSUC..... 211
II La muerte de Domingo Ribas..... 222
III El voluntarismo de Carrillo y la H.N.P..... 227
IV La burguesía "progre"..... 235
V Los equipos de propaganda clandestinos..... 251
VI Miguel Núñez y Los Creix, en Vía Layetana..... 255
VII Ingreso en el Partido..... 271

VIII José Serradell (Román) 274
IX Jordi Pujol y detenciones de comunistas 280
X El PSUC, error histórico 284
XI Sectarismo y machismo, miserias humanas 291
XII La práctica soledad de los comunistas en la lucha 297
XIII Comisiones obreras, militantes de la HOAC y de la JOC 303
XIV Regreso a la ciudad definitivamente 309
XV Cipriano, "El Guti" y Manuel Linares 315
XVI El trato a "los imprescindibles" 321
XVII La incipiente Juventud Comunista 340
XVIII CC.OO. en Tarrasa. Los curas obreros 351
XIX Asambleas de vecinos. La riada del 62 364
XX El Referéndum del 66 368
XXI Los Primeros de Mayo. El 14 de noviembre 373
XXII Los Once de Septiembre. EL PULSO 380
XXIII Preparando el viaje a Bulgaria 390

Tercera Parte 395
I El control policial en el tren 397
II Camaradas en París 404
III En París, también con la "diversidad" 412
IV De París a Zúrich. La suiza enfermera 423
V De Praga a Varsovia. Sofía.
La Asamblea de FMJD. Yuri Gagarin 440
VI Visita a la URSS 468
VII En Leningrado. Las Noches Blancas 493
VIII Rostov y el Don Apacible. Casa de España en Moscú 504
IX Moscú-París. Con Carrillo 518

Sobre el autor 533

La memoria posible

Primera Parte

I

En las barracas de Pueblo Nuevo

La mañana es fría y desapacible. En la calle corre un fino aire que se mete hasta los huesos. Los témpanos de hielo cuelgan de los tejados por el chorreo del agua caída durante la noche anterior. Ya las barracas de los trabajadores inmigrantes, en los barrios obreros de Tarrasa, en Cataluña, hace rato que se han empezado a despertar para que sus ocupantes, decir habitantes sería impropio, acudan a sus trabajos. Las barracas son destartaladas y de finas paredes, "adornadas" con latas y algún madero, con desechos de derribos de alguna obra, por las que se cuela todo tipo de intempestivo frío. No se sabe si hace más dentro o fuera. Mi madre es la primera que se levanta y pone un cazo en un hornillo de carbón para calentar un poco de algo negro, dicen que de cebada, a lo que llamamos café. Sólo tiene que calentarlo. Ya está hervido y colado desde la noche anterior. A pesar de lo cual, sigue teniendo zurrapas. "Es sólo para que metáis algo caliente en el cuerpo antes de que os vayáis". Enseguida se incorpora Miguel, mi padre. Se alisa someramente el pelo con la mano, se restriega los ojos con los puños de forma mecánica y se viste. Sale al común pasillo de la hilera de barracas y va al excusado, también común, que hay al fondo del mismo, con la esperanza de que no esté ocupado. Tiene suerte, a veces. Hace sus necesidades y regresa al otro extremo para intentar mojarse la cara con el agua del único grifo que está en medio del pasillo, a la intemperie, para el abastecimiento de las cuatro barracas. Lo abre, pero no sale agua: El frío de la noche lo ha dejado inservible por el hielo. Las tuberías están heladas por discurrir por los tejados y paredes sin protección alguna contra las heladas y

no es posible sacar agua para nada. Es un invierno muy crudo del que dicen las gentes de la ciudad el consabido latiguillo de "los más viejos del lugar no recuerdan un invierno tan crudo". Pero eso se repite cada año. No es sólo el invierno lo que es crudo, son las condiciones en que tenemos que vivir. No es posible calentar aquel lugar lleno de grietas y agujeros con un mísero brasero de picón, cuya duración se hará alargar lo máximo posible. No es posible gastar demasiado, sencillamente no hay para más.

Mi madre prepara un tazón en el que vierte aquel líquido y pone un poco de azúcar y unos trozos de pan que lo absorben de inmediato. En un vaso pone otro poco, este sin pan, y se lo da a mi padre, que a pesar de la hora ya ha liado y encendido el primer cigarro. Se diría que lo ha elaborado casi de forma automática, cuando acaba de vaciar de un trago una copa de cazalla; gesticula con la cara, al tiempo que se traga aquello que a mí me parecía un repugnante y ardiente veneno. Mi madre no toma, eso sólo es cosa de hombres y no le hubiera parecido correcto a mi padre ni mucho menos a ella, con una educación de estricta obediencia a las costumbres heredadas de sus padres y de todo el entorno en que ha vivido.

Ha llegado la hora. Son casi las cinco de la mañana y hay que coger el coche de línea junto al bar de "La Rabassada", situado en la carretera de Matadepera y la Plaza de la Cruz, justo al pasar el paso a nivel, y que nos llevará a La Mata, donde trabajamos de carboneros. Así que es la hora de llamarme a mí que duermo como un bendito, con el sueño que tienen los niños a esa hora de la mañana. Mi madre me mira con esa angustia de las madres al tener que hacer algo tan duro para su hijo. Le duele en el alma tener que llamarme y truncar aquel sueño que sin duda contempla con esa dulzura que sólo las madres saben tener; pero no hay más remedio. Al fin es mi padre quien se decide a actuar ante la indecisión de su mujer. Esta escena se repite cada lunes de los fines de semana que bajamos a la ciudad a proveernos de suministro para la semana o los quince días que solemos permanecer en el bosque.

Corría el año 1954, 18º del Glorioso Alzamiento Nacional, y casi dieciséis años después del año triunfal del franquismo. Tras tantos años ya,

aún seguía la miseria, la represión y el llanto en millones de hogares españoles.

—¡Arriba, que ya es la hora!— gritó mi padre, retirando las mantas, zarandeándome y agitando el camastro que compartía con mi hermana María, un año y medio mayor que yo. María estaba a punto de cumplir once años, yo tenía nueve. El camastro estaba en la habitación que igualmente compartíamos con nuestros padres, en cuya cama dormía también nuestra hermana menor, Maritrini. Trato de acurrucarme, pero mi padre me lo impide con un nuevo zarandeo que no deja lugar para el amodorramiento. El calor de las mantas desaparece de mi cuerpo. El sueño y el destemple hacen que durante unos momentos no sepa qué hacer. Estoy desconcertado, se me pone mal cuerpo. Este despertar brusco y la perspectiva de volver al bosque durante otra semana o dos no me resultan nada agradables. Mi padre se cala la inseparable boina y me mete prisa para que me vista, sin darme tiempo a reaccionar. Mi hermano mayor, que ronda los diecisiete años, se estira en una pequeña habitación que hacía las veces de cocina y en la que cada noche mi madre le habilitaba un improvisado camastro con seis sillas de anea en las que colocaba un colchón de lana, lo cual no impedía que al poco rato se le clavaran los palos de las sillas en los huesos. A pesar de aquella situación, algo habíamos mejorado desde la llegada del pueblo, cuando la incertidumbre se cernía sobre nosotros, tras seis meses de estar toda la familia en el bosque, "como los gitanos", al decir de mi madre.

Habíamos llegado a Tarrasa hacía menos de un año, como tantas y tantas familias, huyendo de la miseria y el oscurantismo que asolaba y atenazaba a la sociedad en general, y a los trabajadores en primer lugar. Procedíamos de orígenes diversos, de pueblos dominados por el caciquismo fascista y el fanatismo religioso, consecuencia del triunfo franquista en la guerra civil.

Los grandes núcleos industriales de Cataluña iban poblándose con innumerables barracas donde se amontonaban muchas familias, casi siempre con numerosa prole, que acudían para intentar mejorar sus condiciones de vida en un futuro incierto y oscuro. Los barrios de Tarrasa, ciudad industrial

señera desde principio de siglo XX en la fabricación de tejidos y máquinas herramientas, no escapaban a esta explosión humana, provocando el crecimiento de barrios sin el menor control urbanístico, ni por supuesto de servicios mínimos. Ni tan siquiera los mínimos considerados aceptables en aquellas condiciones. Difícilmente merecía el nombre de barrio aquella amalgama de ladrillos, latas, maderas y cartones de algunos de aquellos lugares, donde habitaban seres humanos de Pueblo Nuevo en Tarrasa. Los retretes desembocaban directamente en las calles y a alguna riera ocasional o viaducto cercano; y si bien desprendían olores desagradables todo el año, en verano era la delicia de mosquitos y ratas, a los que todos nos habíamos acostumbrado por necesidad. El urbanismo, el asfalto, terminaba allí donde empezaban las viviendas de los trabajadores inmigrantes. El hacinamiento, la miseria, provocaba en no pocas ocasiones disputas entre vecinos, de solución imposible.

El incremento en avalancha de la inmigración, ante la miseria y la falta de trabajo en los pueblos de origen; el crecimiento industrial en focos localizados, hizo que la llegada de cientos de miles de trabajadores, de mano de obra barata, incrementara la plusvalía de los patronos que tenían a su disposición sangre humana joven y dispuesta a trabajar a cualquier precio.

Aquella masa de trabajadores que habían abandonado España tras la derrota, aquella clase obrera organizada y luchadora, era cosa del pasado. La clase obrera que llegaba de sus lugares de origen estaba derrotada, hundida y humillada y carente de los mínimos derechos; sin sindicatos y sin defensa ni garantía alguna que pusiera freno a la sobreexplotación, viéndose en la necesidad de trabajar largas y agotadoras jornadas de catorce, dieciséis y más horas, por unos salarios que apenas llegaban para cubrir lo más elemental: La mala alimentación y el alquiler de unas míseras barracas a las que llamaban viviendas. Los niños ya empezaban a trabajar a muy temprana edad en cualquier trabajo con el que pudieran aportar su exiguo jornal que, unido al de los padres, paliara la miseria en lo posible. Aunque legalmente no podían empezar hasta los catorce años, la realidad era que niños con nueve, diez o doce años, desempeñaban toda suerte de oficios, ya fuera en las fábricas o en

el comercio; y generalmente en los trabajos más penosos y menos acordes con su edad. Se podían encontrar en tiendas, pastelerías, o en los telares de las fábricas, muchas veces bajo la capa de "aprendices", pero en realidad realizando trabajos auxiliares y de abastecimiento de las máquinas, barriendo, y repartiendo el género elaborado a los clientes. De peonaje en definitiva. Trabajaban en talleres de motos o bicicletas, siendo ellos los encargados de la limpieza al final de la jornada, careciendo de horarios que marcaran el final de la misma. Pero donde más proliferaban los niños, sin edad legal para trabajar, ya que las autoridades hacían la vista gorda, era en las fábricas y talleres pequeños, en los que los dueños, llamados "drapaires", estaban al frente de las máquinas. Se trataba de pequeños talleres o fábricas a veces agrupados en destartalados edificios ruinosos y con maquinaria de desecho de las fábricas importantes. Con el señuelo de ser dueños de su propio negocio, estos "drapaires" no eran en realidad más que una sobreexplotación de los empleados que tomaban, e incluso de ellos mismos, que no tenían horas para descansar, pues mantenían aquellas destartaladas máquinas en funcionamiento las veinticuatro horas del día si podían, si los grandes les daban trabajo. Allí acudían numerosos niños que en lugar de hacer lo que, en buena lógica les correspondía por la edad, ir a la escuela y jugar, se levantaban de madrugada para estar a pie de tajo, como un adulto, por unas pocas pesetas, que sus padres necesitaban para subsistir.

Las mujeres, jóvenes y ante la necesidad de agregar su exiguo salario al pobre jornal del marido, se hacinaban en las fábricas en turnos diabólicos que podían empezar a las dos o las tres de la mañana, y que se prolongaban todo cuanto les permitía el patrón o aguantaban sus cuerpos carentes de una alimentación suficiente. La mayoría de ellas tenían que dejar a sus hijos de corta edad o bien con los abuelos, si es que éstos estaban, o bien con alguna vecina que les hacía el favor mientras ellas trabajaban: La solidaridad entre los pobres era lo que hacía soportable todo aquel mundo de desigualdad y desesperación. Funcionaba el hoy por ti, mañana por mí.

Sin duda la peor parte de aquella situación recaía sobre las mujeres que se veían obligadas a hacer jornadas agotadoras en las fábricas textiles, y

además tenían la responsabilidad de los hijos y las tareas de la casa de una manera casi absoluta. La mayoría de ellas llegadas de pueblos donde el trabajo de la casa o las peonadas en el campo, de forma habitual o esporádica, eran su única experiencia de disciplina laboral. Tuvieron que acostumbrarse con rapidez. Las costumbres y la inhibición de los hombres de la época, mantenían a éstos más alejados de los hogares, y llenando las numerosas tabernas que proliferaban en todas partes, sobre todo en los barrios obreros. Allí se dejaban buena parte del fruto del esfuerzo realizado durante la semana. Los hombres no se sentían, ni mucho menos, bien en sus barracas y tenían el escape de irse a la taberna; pero las mujeres tenían que aguantar limpiando, cuidando a los hijos y remendando calcetines y calzoncillos, cuyo aprovechamiento llegaba a extremos inverosímiles. Los pantalones estaban generalmente tan remendados que era imposible adivinar cómo habrían sido los originales. Y todo esto, cumpliendo con sus jornadas laborales en las fábricas.

Los patronos necesitaban que la jornada se alargara al máximo para dar rentabilidad a sus instalaciones, muy deficientes en la mayoría de las fábricas de aquella época, y para aumentar sus ganancias. Había trabajadores que en las fábricas textiles, donde había grandes almacenes de lanas y productos para manufacturar, que empalmaban una jornada con otra sólo con haber echado una cabezada sobre alguna de aquellas sacas, lo que les permitía recobrarse un poco de tantas horas en pie. No era raro que poco antes de acabarse la semana, el sábado por la tarde, —los sábados eran laborables todo el día— el patrón o encargado les pidiera que fueran a trabajar al día siguiente, domingo, como horas extras, a veces al mismo precio, y a veces con el señuelo de que al ser extraordinarias, serían abonadas dobles, lo que de todas formas no dejaba de ser una miseria, y un sobreesfuerzo para unos cuerpos ya suficientemente castigados durante toda la semana.

La explotación era tan brutal, las jornadas de trabajo eran tan interminables, que no se podía considerar aquello más que una esclavitud sin paliativos. Sólo aspectos formales podían diferenciar una situación de la otra. La burguesía catalana, muy moderada cuando le ha interesado mostrar la

fachada lavada de sus tropelías, se ha presentado en ocasiones como tolerante, demócrata, y cuando le ha convenido porque los tiempos así lo requerían, en los años sesenta y setenta, hasta antifranquista y republicana. Pero en ningún momento renunció a utilizar todos los recursos que la derrota de la República les proporcionó, demostrándose una vez más que cuando la burguesía tiene que elegir entre la democracia y el terror como el que instauró Franco, no hay duda de qué lado está. Estuvo siempre al lado del dictador validando todas sus políticas represivas, que hacían que los trabajadores estuvieran a su merced y se practicara una despiadada explotación durante gran parte de los cuarenta años que duró aquel. Por eso es una falacia hacernos creer, como hacen algunos nacionalistas actuales, tergiversadores de la historia, en un claro aprovechamiento político interesado, que a Cataluña llegó una fuerza de ocupación el 26 enero de 1939. Se olvidan de forma interesada y con una manipuladora "amnesia" bien tejida, de que lo que hubo en Cataluña, como en el resto de España, fue una guerra civil —o incivil—, en la que participó esa derecha catalana al lado del dictador, salvo honrosísimas excepciones. A la entrada de las tropas de Franco en Barcelona, con ellas llegaron, no gentes extrañas a estas tierras, dispuestas a cambiar la fisonomía de un país desconocido para ellos, sino el empresariado y las fuerzas vivas y más representativas de la derecha, de la oligarquía catalana, que acudieron en auxilio de los sublevados; los que se habían exiliado y puesto a las órdenes del gobierno de Burgos, con todo su potencial económico y de influencias. Cuando entraron en Barcelona ya tenían claro el reparto de funciones. Y la inmensa mayoría de esos futuros dirigentes habían nacido en Cataluña. Eran catalanes. Franco no tuvo necesidad de poner al frente a otras personas de fuera. Sólo hay que repasar los discursos de los dirigentes catalanes durante toda la dictadura, llenos de elogios de un tono servil y vergonzoso hacia el dictador y su sistema. Y no sólo en los primeros años de euforia triunfal, sino en la última etapa, cuando ya la dictadura llegaba a su fin, aunque sólo fuera por la pura razón biológica de la desaparición del caudillo. E incluso, cuando ya Franco, felizmente para el pueblo, reposaba bajo la pesada losa del Valle de los Caídos, algún dirigente catalán seguía haciendo elogios al sistema dictatorial, como el

camaleón franquista Samaranch, que supo pasar por toda la dictadura elogiando al dictador; por todas las etapas de la transición con cargos muy bien remunerados, y por la democracia. Es el vivo ejemplo de la inmoralidad política, más de los que lo consintieron llamándose demócratas, que de los aprovechados mismos. No es más que un ejemplo entre tantos de los pactos de los partidos llamados de izquierda con la dictadura. Algunos de aquellos dirigentes del franquismo, que habían dejado de hablar catalán en público desde hacía decenios, recuperaron la memoria y se enteraron de que eran catalanes, y aunque hasta entonces habían educado a sus hijos en lo que era la lógica de la dictadura, y se hablaba castellano en sus casas y ostensiblemente en público, entonces se les veía en entrevistas hablando su lengua materna, convertidos en furibundos defensores del monolingüismo, esta vez del catalán, apoyando la expulsión del castellano de la enseñanza, la administración y de los medios de comunicación por ellos controlados y considerando "progresista" impedir que se enseñe su lengua —el castellano— a más de la mitad de la población.

Como decimos, la inmensa mayoría de los dirigentes que durante los cuarenta años mantuvieron la dictadura en Cataluña, eran catalanes. Sin embargo, cuando el dictador desapareció, era difícil encontrar a un solo franquista; cuando todos los altos cargos de la época, según se puede comprobar en las hemerotecas, corresponden a apellidos catalanes de raigambre. Años después se calaron la barretina hasta las cejas, y empezaron a cantar "Els Segadors"; y hasta se convirtieron en furibundos nacionalistas, como antes con Franco, pero esta vez envueltos en la *Senyera*, en lugar de la bandera franquista con la "gallina", exhibida y reverenciada por ellos para mostrar así al dictador su "inquebrantable adhesión". Y no era para menos desde su punto de vista y de sus intereses de clase. Los empresarios catalanes se enriquecieron a costa de la bárbara explotación de los inmigrantes venidos de otras tierras de España, y de la clase obrera en general. Pocos recibieron un trato humano acorde con su condición de trabajador derrotado. Y eso es algo que hay que recordar para que no se pierda la memoria en actitudes folclóricas como las de los actuales dirigentes, quienes gracias a la muy apreciable ayuda de los llamados partidos obreros durante la resistencia, y

sobre todo en la llamada transición, lograron pasar sin mácula de apoyar al franquismo a ser "demócratas de toda la vida", alzándose con el santo y la limosna; y lo que es peor, despreciando todo aquello que antaño habían resaltado como valor patrio. No contentos con todo ello, se inventaron historias y patrias que no resisten más que por la benevolencia de una ciudadanía anestesiada, sus clientelas amañadas desde el poder, con manipulación de los niños en las escuelas que nunca tuvieron una verdadera enseñanza de su reciente historia; y sobre todo por la pusilanimidad de los sucesivos gobiernos de España, que desde el primer momento se mostraron timoratos y condescendientes con todas las reivindicaciones de los nacionalistas, por aberrantes que estas fueran. Los dirigentes de los partidos de la clase obrera, fundamentalmente el Partido Comunista de España (PCE) y el Partido Socialista Unificado de Cataluña (PSUC) ("el partido de los comunistas catalanes") aglutinaron durante los años más duros de la represión a los militantes que procedían del PCE, y a otros luchadores que se iban formando, de lo mejor de la clase obrera, contribuyendo no sólo a lograr que la lucha antifranquista se incrementara en los centros de trabajo, sino organizando la lucha sindical y política; y pagando por ello con duras condenas de cárcel, de las que aquella burguesía, reconvertida a la democracia, estaba a salvo. Las condenas se podían contar por cientos de años de prisión para los trabajadores, cuando no acababan frente al pelotón de ejecución de los tribunales militares fascistas compuestos por militares traidores, que no dudaban lo más mínimo en pedir penas de muerte en parodias de juicios, en acusaciones de "rebelión militar" precisamente por ellos, los rebeldes, los que habían manchado su honor, traicionando el juramento de defender la legalidad democrática de la República. La inmensa mayoría de los condenados eran trabajadores poco significados políticamente. Y cuando algún representante de los hijos de aquellos burgueses daba un paso contra la dictadura —en tiempos ya mucho más recientes—, y era represaliado, lo elevaban a la categoría de héroe, aunque no se pudieran comparan las penalidades, vejaciones o torturas que recibían unos y otros. A los primeros sólo los amparaba la solidaridad de sus compañeros o militantes clandestinos, amigos o familiares; los segundos

disponían de todo lo que necesitaban, y si era preciso, aparecía algún gerifalte de la Iglesia dándoles apoyo y disculpando el atrevimiento de aquellos descarriados jóvenes. Este fue el caso de Jordi Pujol, a quien elevaron a los altares del nacionalismo, cuando se atrevió a mostrarse inconformista con el régimen. Como se ha dicho, cientos de obreros eran condenados a penas mucho más duras que aquellas a las que fue condenado Pujol, y nadie del establishment se acordó de ellos para echarles una mano, ningún barrigudo obispo con gran influencia ante el dictador por su incondicional apoyo y bendición de sus crímenes protestó por las condenas y los atropellos de que eran objeto.

Estas relaciones de la burguesía con el régimen, así como el adoctrinamiento que con respecto a la cuestión del nacionalismo recibieron de sus dirigentes los militantes comunistas durante tantos años, posibilitaron que muchos años después la clase obrera fuera marginada de los centros de poder, mediante acuerdos de los dirigentes de los partidos con la burguesía, con la que había construido puentes para el futuro, sintiéndose encantados con aquellas relaciones, en las que sólo una parte llevaba las de ganar. Salvo que consideremos los favores y prebendas a los que tuvieran acceso personalmente esos notables de los partidos que habían luchado contra la dictadura. Habría que preguntarse si de aquellos lodazales no son los polvos que llegaron después.

Esa burguesía, como digo, puso toda la carne en el asador para desarrollar sus beneficios, apoyándose en el impagable instrumento que el franquismo ponía en sus manos, como eran las leyes represivas, y la total falta de derechos sindicales y políticos, pero supo dorar la píldora a ciertos dirigentes de la izquierda clandestina, con la vista puesta en un futuro, lo cual sin duda les rindió sus réditos políticos cuando llegó la hora de presentarse como defensores de la democracia, a la hora de aquella transición lampedusiana, en la que todo se cambió, para que todo quedara igual: Seguirían gobernando los mismos, dándole unas pinceladas al sistema para adecentarlo. Ahora podían gobernar sin que pudiera decirse que lo hacían como fruto de la victoria en una guerra civil, que había provocado cientos de

miles de muertos, cientos de miles de exiliados y la ruina cultural del país durante decenios. Ahora éramos una democracia. Y podíamos ver cómo Carrillo, como otros dirigentes del PCE, charlaban amigablemente con algunos de los más conocidos torturadores, explicándose anécdotas de los tiempos pasados, como si de viejos camaradas se tratara, al encontrarse al cabo de muchos años. Eso es lo que pude presenciar, en el Ayuntamiento de Tarrasa, en una reunión más festiva que política, entre Carrillo y el que había sido el terror de todo aquel que en la ciudad y la comarca disintiera de los planteamientos del régimen, el fascista Pérez. Lo más chocante hoy, para cualquier observador que viviera los acontecimientos de aquellos años convulsos de la llamada transición, es comprobar amargamente cómo en tan poco tiempo la política —los políticos— se ha corrompido a niveles escandalosos. Muchas veces de forma descarada. Otras, aunque legalmente porque las leyes las hacen ellos mismos para su disfrute, adjudicándose sueldos escandalosos, mientras la mayoría de la gente ve cómo su poder adquisitivo disminuye día a día. Y lo peor de todo, para los que estuvimos en la izquierda antifranquista, es que ese comportamiento no es, ni mucho menos, de exclusiva adjudicación a la derecha.

Lo mejor que se puede decir de algunos de aquellos dirigentes es, siendo inmensamente magnánimos con ellos, que fueron unos incautos. Otros jugaron la carta de la burguesía conscientemente, ya que muchos de ellos no hacían sino defender a su clase, que para eso, no para otra cosa, infectaron a los partidos obreros en los últimos años de la dictadura, ocupando cargos de dirección que después les dieron sus frutos, utilizándolos como trampolín. Los ingenuos creyeron que la derecha —alguna hubo que se autodenominó "socialista", algo muy en boga en la época de socialistas de todo pelaje—, iba a permitir que los trabajadores tuvieran sus instrumentos de defensa, realmente útiles, y no fueran meros comparsas del sistema, con unos dirigentes burocratizados y endogámicos. Eso sin acudir a los escandalosos trapicheos que ya desde los primeros momentos convirtieron la política en un reparto de prebendas y germen del estercolero de tejemanejes y corrupciones que se materializaría años después.

Los dirigentes del partido, y de algún otro sector de la izquierda, decían que iban a desmontar el régimen franquista, y se apresuraron a desmontar el Estado, logrando que España se convirtiera en un reino de taifas, sin que ningún político tuviera la suficiente talla para tener una visión clara del Estado. Lo que se consiguió fue que una minoría de la derecha catalana y vasca se apoderara de todos los resortes del poder en esas provincias y expulsara de hecho a la gran masa de antiguos inmigrantes, y en la práctica proscribiera el castellano de la escuela y de las instituciones, llevando a cabo una limpieza lingüística, de forma suave al principio, descaradamente después, cuando vieron la debilidad de los dirigentes del gobierno ante sus exigencias, con una representación popular escasa. Así que organizaron hasta oficinas de represión lingüística, sin que los dirigentes del gobierno español se dieran por enterados, cuando debían imponer la ley y la Constitución. Por todo ello, no es poca la responsabilidad que tienen los dirigentes políticos de los partidos de izquierda, principalmente del PCE-PSUC, que era el que a la sazón tenía más influencia entre la clase obrera. El Partido Socialista de Cataluña (PSC-PSOE), un invento que tuvieron que acelerar en los estertores del entubado dictador, amalgamó a gran parte de la burguesía y de la derecha que tenían necesidad de hacerse un lavado de cara y un hueco en el panorama de incertidumbre que se avecinaba. Eso sí, con el apoyo de algunos militantes venidos con la ola de inmigración, que se sintieron felices al codearse con esa derecha oportunista. En Cataluña, hombres de la derecha de siempre, de una rancia burguesía, fueron los abanderados de lo que sería una de las mayores desgracias: Se presentaban como partidos españoles, obreros y socialistas, y no eran sino partidos nacionalistas de la burguesía, pero sin el menor sentido de Estado y, como los otros de la derecha catalana, defendían la desmembración del Estado con más o menos disimulo al principio, y descaradamente después, haciéndole la competencia al otro partido de la derecha rancia del nacionalismo catalán, al que se apresuraron a unirse cuando el dictador aún estaba siendo objeto de chanzas y bromas populares sobre "el equipo médico habitual". A este panorama se añadía otro partido nacionalista con tintes radicales, que para más inri llevaba el nombre de *esquerra* y republicana. Uno de sus máximos dirigentes mostró su talante

xenófobo en cuanto tuvo ocasión, y sus más allegados conmilitones no hicieron nada para hacer callar a aquel sujeto, que fue el máximo dirigente del partido que ganó las elecciones en Cataluña antes de la guerra: Heribert Barrera, máximo dirigente de Esquerra Republicana en la transición, partido que durante la dictadura rara vez participó en las luchas antifranquistas junto con los trabajadores; primero porque en la práctica apenas existían, más allá de ciertos cenáculos estériles; segundo, porque aunque asimismo se llamaban esquerra, en realidad se escudaban en su anticomunismo para ocultar su poco valor para afrontar ningún riesgo. Heribert Barrera mostró qué clase de izquierda era y representaba, cuando en las primeras elecciones al parlamento de Cataluña, en lugar de vencer con su voto la balanza y posibilitar la formación de un gobierno de izquierdas, prefirió aliarse con la gran burguesía que después se revelaría corrupta, representada por Jordi Pujol, quien recogía los frutos de aquel fugaz acto de denuncia al franquismo, ya que tras el incidente se dedicó a plantar las bases para hacer dinero en otros parajes más rentables, como por ejemplo Banca Catalana. "Hacer país" lo llamaron. Los que se dejaban la sangre y el resuello en las obras y fábricas por sueldos miserables, para que la derecha que encarnaba Pujol, y otros como él, pudieran acumular grandes fortunas para el futuro, aquéllos, no hacían país, al parecer de estos futuros demócratas de nuevo cuño.

Y si bien es verdad que el comportamiento de esos partidos que se presentaban como alternativa de izquierda, con el tiempo se demostró que no diferían en lo más mínimo de los de la derecha pujoliana, eso entonces no lo sabíamos, lo que no exime de responsabilidad a Barrera por preferir un gobierno de derechas con la única vista puesta en el horizonte nacionalista, en lugar de favorecer otro en consonancia, al menos nominalmente, con su supuesta ideología de izquierdas.

Durante muchos años estuvieron los trabajadores emigrados casi en solitario, y en las peores condiciones de represión, defendiendo las llamadas libertades de Cataluña, su lengua y su cultura y todo cuanto los dirigentes del partido, el PSUC, casi en solitario hasta muy cercana época del final del franquismo, les ordenaban, como una necesidad, como condición lógica y

natural para una convivencia entre ambas comunidades en el presente, y sobre todo el futuro democrático venidero. Se trataba, decían, de poner las bases para que la derecha no se aprovechara de la división de la clase obrera entre los catalanes de origen y los inmigrantes venidos de otras tierras de España, integrándose en Cataluña como ciudadanos sin más en una sola comunidad. No nos dábamos cuenta de que en realidad estábamos siendo domesticados para que cuando ese momento llegara todos abandonaran sus propias reivindicaciones para defender las de la burguesía nacionalista, que fue la que se hizo con el poder, por cuyo objetivo tramaron todo tipo de acuerdos y urdieron alianzas, aparentemente antinatura. En el cajón de sastre de la lucha antifranquista los dirigentes nos hicieron verlo como algo natural, y nos llevaron a que comulgáramos con ruedas de molino. Ese era el juego, esas eran las máximas aspiraciones de aquellos dirigentes que pasaban por ser comunistas. Porque la gran mayoría de los que después renegaron de su ideología y dijeron ser socialistas en pro de cargos muy bien remunerados, también habían pertenecido al partido, casi siempre en cargos de dirección. La lista de semejante ralea sería larga de enumerar. Así, en los primeros tiempos de la transición, la derecha catalana, con el consenso de los dirigentes de los partidos obreros, se inventó aquello de que "era catalán todo el que vivía y trabajaba en Cataluña". ¡Bellas palabras! Eso, la mayoría de los trabajadores lo veíamos correcto en su día. Pocos trabajadores negaban el derecho de los ciudadanos catalanes a recuperar sus libertades, como pocos podrían negar la necesidad de que todos las recuperáramos después de tantos años, desde la guerra civil. Pero no se aseguró por parte de los dirigentes que pactaron con la derecha supuestamente antifranquista, de que todos los ciudadanos de Cataluña tuvieran los mismos derechos. Los trabajadores inmigrantes estaban de acuerdo, y luchaban por ello como no lo hacía nadie —ni siquiera los catalanes de origen—, es que se recuperaran las libertades y los derechos, en los que se incluía el respeto a su cultura y su lengua, pero nunca pensaron que aquello lo hacían en detrimento de la cultura y la lengua de ellos, que fueron arrinconadas y hasta proscritas en los centros oficiales y sobre todo en la enseñanza. Se llegó al extremo de considerar una herejía el que un parlamentario catalán utilizara el castellano

en el parlamento de Cataluña. A eso contribuían de mil amores los estómagos agradecidos de antiguos dirigentes procedentes de la inmigración. Y de eso hay sobrados ejemplos. En los partidos y en los sindicatos.

Así se demostró que el fascismo que nos había gobernado durante cerca de cuarenta años, sólo había cambiado de imagen; ahora era más sutil, con apariencias democráticas, pero mucho más eficaz a la hora de su aplicación; y ahora con la experiencia de años, y, con lo que es más grave, con la plena colaboración de los llamados partidos obreros. La derecha había logrado la cuadratura del círculo, lo nunca imaginado: Que la clase obrera se quedara sin organizaciones que defendieran sus derechos (llamar sindicatos a ese tinglado de burócratas de estómagos agradecidos subvencionado sería un despropósito). Así todos los partidos, al menos en Cataluña, competían para ver quién era más defensor del nacionalismo, y cuando alguien ponía en cuestión tanta aberración y despropósito, se echaban encima como fieras, "excomulgando" al que había osado discutir las esencias de la nueva religión nacionalista. Ser nacionalista catalán o vasco —o de cualquier otro lugar—, en lugar de constituir un desvarío mental en el siglo XX-XXI, más cercano a la psiquiatría que a la cordura —como si España fuera un invento de Franco—, constituía un orgullo y así lo exhibían en todos los foros. Pero si alguien reivindicaba el término de español, era tratado como apestado y hasta de franquista. Se instauró en el léxico de todo dirigente el término de "Estado español" para eludir llamar a las cosas por su nombre, para soslayar la palabra España, llegando a la más estúpida de las definiciones. Y no eran los llamados partidos nacionalistas los únicos que lo utilizaban. Todo dirigentillo de tres al cuarto lo hacía, lo mismo en Cataluña o Vascongadas que en toda España, así como los medios de comunicación, en manos de la más rancia derecha —a veces con nombre de izquierda— sin tener en cuenta la estupidez en que caían, al confundir a España con la organización administrativa del Estado. Y hasta esa llamada izquierda, sin el menor rigor histórico o análisis político, reivindicó a un señorito como Blas Infante y lo convirtió en estandarte de su afirmación andalucista, junto a otros no menos señoritos, metamorfoseados en modernos caciques, de lo que llamaron "realidad nacional andaluza", rizando el rizo de la estupidez y creando

problemas de identidad donde no los había. Se habría esfumado definitivamente, lo que pudiera quedar de cordura en el pensamiento de izquierdas en alguno de los autodenominados partidos de izquierda. Era más importante para ellos amoldar el discurso al de la derecha nacionalista catalana y vasca, convirtiéndose de hecho todos en partidos nacionalistas; sin querer percatarse de que a la burguesía le sirve el nacionalismo, como toda su estrategia, si coincide con sus cuentas corrientes, no más. Utilizando los sentimientos, para su provecho como clase. Fue una derrota para los ciudadanos y para el sentido común, y hasta para el lenguaje que día a día se transformaba prostituyéndolo. Los partidos que en buena lógica deberían haber defendido a sus bases, en lugar de hacer lo propio, fueron los que más cómodos se sentían defendiendo las aberrantes posiciones políticas de aquella derecha desfasada y decimonónica, que decía "el país", refiriéndose a su tribu. En más de una ocasión, sin el menor sonrojo, Jordi Pujol manifestaba que España no era una nación. Sólo Cataluña lo era. Y no hubo nadie que propusiera tratamiento psiquiátrico o de cordura para semejante personaje, que jugaba con los sentimientos naturales de la gente, creando monstruos que no demasiado tiempo después imitarían las formas de la dialéctica de los puños y las pistolas en España, y la de los camisas pardas en la Alemania nazi, intentando amedrentar a los opositores políticos mediante la fórmula de reventar sus actos. Se diría que aquellos discursos, tolerantes con "esos jóvenes radicales" (Maragall), o con "los chicos de la gasolina" (Arzallus), como dijeron algunos de los ideólogos del nacionalismo, habían abierto la caja de Pandora y la tolerancia con todo despropósito estaba a la orden del día, llegando a culpabilizar de los altercados que se producían, a las víctimas, tratándolos de provocadores, como hizo Maragall ante un acto reventado en la universidad por grupos independentistas, como pude presenciar en la Universidad Autónoma de Barcelona. Para él, a la sazón presidente de Cataluña, que alguien en el ejercicio de su libertad, hiciera algo que fuera contra esa religión nacionalista, era una provocación. No los gamberros que trataban de impedir el normal desarrollo de un acto cultural o político. Estaba claro que el nacionalista Maragall y su partido, que para mayor burla se hacía llamar socialista, Cataluña era un coto privado de ellos.

Un feudo en el que nadie que no comulgara con sus medievales ideas podía tener su bendición. Una vez más las clases populares fueron timadas por sus dirigentes, sacrificadas en el ara de los vergonzosos pactos con la burguesía nacionalista, que les aseguraba a ellos personalmente una saneada posición. Los dirigentes habían logrado situarse en sus aspiraciones personales, y eso era suficiente: Ahora se trataba de entrar en el juego de la democracia formal, donde todo cabe. Sobre todo si ese "todo" posibilitaba el control absoluto de la sociedad, impotente ante tanto poder concentrado en pocas manos, y habiéndose convertido de hecho los que debieran hacer de contrapeso a esas desproporcionadas ambiciones y corrupciones, en cómplices y beneficiarios. Siendo los privilegios obtenidos proporcionales a la dificultad de los cargos y a la capacidad de movilizar a los ciudadanos. Por este camino el despegue de los ciudadanos de la política y de los políticos, estaba asegurado. Así el desprestigio de los políticos llegó a cotas tan altas como jamás podía sospecharse, aumentando la abstención, cosa que, declaraciones aparte en las noches electorales, les preocupaba muy poco. El sistema garantizaba sus privilegios fuera cual fuera la participación. Y así la supuesta democracia, que tanto había costado, iba convirtiéndose en mera caricatura. Así fue considerando la mayoría de la gente "corrupto" y "político", términos sinónimos. Se llegó hasta el extremo de que las falsas informaciones, las manipulaciones de los medios en manos de gentes sin escrúpulos, "vendían" que ese era el precio de la democracia. Así se anestesió a la ciudadanía, que consideraba que no había nada que hacer, que era igual quién estuviera en el poder, ya que los escándalos de corrupción aparecían en todas las formaciones, siendo directamente proporcional el nivel de corrupción al del grado de poder que disfrutaba el sujeto, el partido o el grupo de presión.

II

Explotación infantil

Mi caso, como niño trabajador, no era muy diferente al del resto de los niños de mi edad y de mi clase; sólo que yo, en lugar de trabajar en la industria, lo hacía en el monte con mi padre, cortando encinas y haciendo carbón, que era el combustible por excelencia en aquellos años de restricciones y falta de combustible de otro tipo, tanto para la industria como para los domicilios. El carbón se utilizaba para las cocinas y el picón para los braseros. Y hasta los inviernos parecían mucho más crudos. Las heladas se hacían sentir con rigor.

Mi familia y yo habíamos llegado de Guadix, Granada, después de que mi padre viniera solo en busca de trabajo en lo que conocía: El carbón. Él era de una familia de carboneros desde hacía varias generaciones, de La Peza, un pueblo situado en las cercanías de Sierra Nevada en el que la mayoría de sus habitantes eran de este oficio.

Tras varios meses deambulando todo el día, y durmiendo en casa de una tía suya, Josefa, viuda, que había llegado a Tarrasa con anterioridad con sus dos hijos; y cuando ya estaba al borde de la desesperación, mi padre supo que el dueño de una de las fincas más extensas e importantes de la comarca andaba buscando carboneros y no los hallaba. Todos cuantos había contratado resultaron fallidos. Ante las necesidades que había y la falta de trabajo, cualquiera afirmaba que conocía el oficio. Parecía como si trabajar cortando leña y haciendo hornos, boliches de carbón como los llamaba mi padre, no requiriera una técnica y una experiencia que sólo da el oficio y muchos años de trabajo. Mi padre averiguó dónde vivía el dueño de La Mata,

que así se llamaba la finca, y decidió presentarse en su casa a eso de las nueve de la mañana, hambriento y deshilachado, tratando de hablar con alguien, algún empleado al que ofrecerle sus servicios, y que fuera lo suficientemente de confianza del dueño para que lo contratara. Sacó el librito del papel de fumar del bolsillo del chaleco en la esquina de la plaza de La Cruz Grande, y leyó la dirección que había anotado en él, levantó la vista y miró la placa de la calle García Humet hasta llegar al número 21 que tenía anotado. La casa era una mansión enorme, —al menos así se lo pareció a mi padre—, de tres pisos; una de esas casas hechas por la burguesía catalana a finales del XIX. Esta casa en su aspecto exterior era parecida a otras que había en la ciudad y que correspondían a otras tantas familias de rancio abolengo en la ciudad y en Cataluña. Parecía que habían seguido un modelo con aire de casa grande, con espacio suficiente para muchos hijos, pero alejados de lujos excesivos, más propios de la burguesía capitalina que de lo que de verdad necesitaban los dueños de las fincas. En aquellas casas, amén de la familia de los dueños, mi padre creyó ver que vivían las personas del servicio. En el fondo a mi padre le pareció más las casas de campesinos ricos que las de unos burgueses. En realidad en aquellas casas había una actividad constante.

Mi padre llamó a la puerta al tiempo que se quitaba la inseparable boina, se abotonaba el cuello de la camisa y se alisaba el cabello con la palma de la mano. Trató de arreglarse la raída chaqueta, tarea imposible, y esperó. Le abrió la puerta una criada por cuyo acento no le costó saber que era andaluza. El aspecto de la muchacha era agradable y se la notaba satisfecha. Lucía una cofia en su testa y un delantal blanco impecable sobre un uniforme oscuro. Su cara exteriorizaba su buena alimentación, cosa nada desdeñable, si tenemos en cuenta que la mayoría de la gente tenía aspecto, si no de hambre, sí de escasez; y eso se notaba en los colores sonrosados que la joven mostraba en las mejillas.

—¿Qué desea?

—Verá —titubeó— me he enterado de que buscan carboneros y querría hablar con algún responsable, el encargado o cualquier otra persona con la que poder tratar, yo soy carbonero y...

La muchacha debía estar acostumbrada a aquellas visitas, ya que no dejó que mi padre diera demasiadas explicaciones, y lo único que respondió fue, "espere, aviso al señor". Al cabo de un momento volvió a salir e hizo entrar a mi padre sin más.

Siguiendo a la criada atravesó un recibidor grande, de techo muy alto, o al menos a mi padre se lo pareció, con una escalera también grande, al fondo, que tenía un pasamanos de madera noble barnizada. Abrió una puerta de dos hojas, encendiendo la luz le dijo que esperara.

—Enseguida vendrá el señor, siéntese— le dijo mostrándole un sillón.

Pero mi padre, a pesar del ofrecimiento de la muchacha, permaneció en pie, con esa actitud de la gente pobre de tratar de saber estar en el lugar que en aquel momento y por necesidad le correspondía.

Sin decir palabra, y asintiendo con la cabeza, vio cómo la criada salía por la puerta. Se fijó en las paredes que estaban repletas de cortinajes y pinturas que mi padre desconocía, pero que le eran familiares, pues eran motivos propios de la montaña: Hombres cortando leña o alimentando el boliche; mulos o caballos arrastrando troncos; mujeres cocinando o chiquillos echando carbón a las seras. Todo bastante conocido por él, aunque quizás menos edulcorado en sus recuerdos de los "ranchos", en los que había estado durante la mayor parte de su vida, por no decir toda. Cuando era niño, y junto a sus hermanos, estaba como aquellos niños trabajando, pero con una dureza que en nada se parecía a lo que se veía en los cuadros, que el pintor había idealizado en su sonrosadas y alegres caras. Él, mi padre, y su familia habían vivido toda la vida de rancho en rancho y había sido una vida muy dura, en parte porque lo era en sí misma, y en parte por la actitud de su padre, mi abuelo, que tenía poco sentido común y ninguna consideración con los hijos. Decía que sólo los había engendrado con la intención de que trabajaran para él. Lo cierto es que era bastante inútil, y que de no ser por mi abuela, Trinidad, a la que hizo parir más de veinte veces, no hubieran los hijos

sentido el menor cariño, ni hubieran sabido lo que era un mínimo de contacto humano con sus padres. La verdad es que mi abuelo, el pobre hombre, tenía más de acémila que de hombre. Ni siquiera tenía aquel encanto natural que suelen tener las personas que, aun siendo analfabetas, tienen una cultura nacida de la experiencia, el tesón fruto de la necesidad. La suerte, si cabe ese término en aquella situación, era que su mujer tenía mucho más sentido común, y además, tenía una inteligencia natural de mujer bragada en las tareas tanto con los hijos como con el marido, de modo que cuando había que decidir algo se las ingeniaba para que su marido, Manuel, creyera que lo decidía él, cuando la realidad era muy otra. Toda la vida, (vivió hasta los ochenta años), incluso estando enferma, supo dar a cada uno lo que le convenía, y hacer que su marido aceptara como decidido por él lo que ya estaba hecho por ella. Por defender una parte de su casa, esta mujer fue apaleada, casi hasta la muerte, por el alcalde franquista del pueblo, un tal Lucas, nombre que apodaba a su familia, "los Lucas". Cuando se repuso de aquella tropelía que le hizo estar varios días en la cama, en silencio, le hizo prometer a mi tía Adela, hermana de mi padre, y a su nuera, mi madre, que no dirían nada, en la certeza de que de saberlo los hijos "se buscarían la ruina", como decía ella. Todos los hijos en edad útil habían estado en la guerra en defensa de la República y estaban represaliados. La pobre mujer se guardó su dolor hasta que el cacique murió a consecuencia de una herida en una reyerta, en un pleito con el marido de una mujer, carnicero de oficio, llamado Francisco y apodado "el Tato". El alcalde franquista proclamaba a los cuatro vientos que el cacique se la beneficiaba, con el único interés de provocar al marido. No murió de la puñalada, pero sí a consecuencia de ella al cabo de un tiempo, porque, según decían, el tal Lucas era un animal, no se cuidó, y fornicando cuando estaba en plena convalecencia, se le soltaron los puntos, se desangró y cuando llegó el médico ya no pudo hacer nada. Fue entonces que mi padre se enteró de que aquel energúmeno, bravucón, ignorante, le había dado una paliza a su madre. Se lo dijo mi madre al referirse él que había muerto el de los Lucas. Y fue entonces cuando comprendió muchas cosas y actitudes de su madre cuando se hablaba de aquel sujeto, que en realidad no era más que un indeseable que al producirse

el levantamiento fascista se fue a Granada, uniéndose a los que se habían apoderado de ella con un resultado, como es sabido, de cientos de asesinatos.

En estos pensamientos estaba mi padre cuando apareció en la puerta un hombre de mediana estatura, de unos cincuenta años, el pelo gris y bien cortado, más bien delgado y con semblante sonriente y afable. Con un ligero acento catalán, mucho más tenue del que oyera mi padre por su deambular por las calles y lugares que frecuentó en busca de trabajo, saludó a mi padre.

—Buenos días. Soy Jaime Mata, ¿en qué puedo servirle? Pero siéntese, hombre, siéntese dijo—, al tiempo en que rodeaba la amplia mesa del despacho y se sentaba en el sillón.

Enseguida se dio cuenta mi padre de que estaba hablando con un personaje que no era un encargado o manijero, como le hubiera dicho él, sino con el dueño de la finca, o al menos con alguien más importante que un simple quitavergüenzas al que dan las tareas desagradables. "Esto parece que va bien", pensó. No parecía un cacique a la usanza de Andalucía, de los muchos que había conocido y de los que había tenido que aguantar, aun sin siquiera hablar con ellos, toda clase de actitudes despóticas. Metiéndose la boina en el bolsillo de la chaqueta y sentándose en el borde del sillón que le ofrecía Jaime Mata, fue al grano sin más dilación, ante la actitud receptiva de aquel hombre que si bien le inquietaba, le daba cierta confianza por el trato inacostumbrado para él. Tragó saliva y con la determinación que da el estar en las últimas y desear salir de aquella situación que ya duraba muchos días, se presentó tal como era.

—Soy carbonero y me han dicho que usted puede tener trabajo para mí. "Aquel hombre me miró durante breves segundos y debió ver marcados en mi rostro los rasgos característicos de la gente de la montaña".

—Cierto, me hacen falta carboneros, pero que sepan el oficio. Han venido muchos que dicen saber de qué va el asunto, pero la realidad es muy otra. ¿Usted ha hecho carbón? ¿Sabe cómo funcionan los hornos y todo cuanto hay en torno a la cochura del carbón, antes y después de tenerlo en las seras? En definitiva, ¿conoce el oficio?

A mi padre le llegó una especie de bálsamo, los nervios se le quitaron y enseguida supo que tenía muchas posibilidades de acabar con aquella situación que arrastraba desde hacía meses: Al fin había encontrado trabajo, estaba seguro. Supo que aquello le empezaría a ir mejor que hasta aquel momento, que muy posiblemente se había acabado el callejear, como él decía, sin rumbo por la ciudad en busca de algo en qué engancharse. Aquel hombre le parecía diferente a todos con los que había tenido que bregar en su vida; le parecía más un hombre acorde con la mentalidad burguesa, que pretendía sacar el máximo provecho a su posición social y sabía que era fundamental la mano de obra que necesitaba en aquel momento. Además, estaba hablándole con respeto. Así que, con toda serenidad, mi padre le miró a la cara y le dijo:

—Mire usted, señor..., —no atinó a decir el nombre—, yo soy carbonero, hijo, nieto y biznieto de carboneros; soy de un pueblo en el que la inmensa mayoría lo son. En realidad no he hecho otra cosa en mi vida. Si usted quiere yo trabajo unos días y si considera que no soy apto para lo que usted desea, me marcho y aquí no ha pasado nada. Tengo hasta las herramientas que necesito en principio, siempre las llevo conmigo allá a donde voy a trabajar. Usted no pierde nada y yo estoy seguro de que tendré trabajo.

El patrón esbozó una sonrisa. La sinceridad con que hablaba mi padre era aplastante y no tenía duda de que sabía lo que decía y que por fin, había encontrado a un carbonero de verdad, a alguien en que podía confiarse a la hora de hacer el necesitado carbón.

—¿De dónde es usted; andaluz, pero de dónde?

—De Granada, bueno, de la provincia, de un pueblo llamado La Peza, al pie de Sierra Nevada. Es un pueblo pequeño.

—Pues, precisamente, de ese pueblo son dos pretendidos carboneros que he tenido que emplear en otras tareas, porque de carbón sólo saben que es negro y poco más. Se presentaron como usted, diciendo que sabían del oficio, pero la realidad demostró que conocían algo, y quizá alguna vez hayan estado viendo cómo lo hacían otros, pero ellos no lo habían hecho nunca, al menos como oficio continuado. Soy consciente de que las formas de hacerlo diferirán de cómo se hace aquí, pero en lo esencial, carbón es carbón. Y me es

indiferente cómo lo hagan siempre que el resultado sea el mismo, es decir, carbón de calidad.

Mi padre, aunque no lo esperaba, no se cortó; sabía quiénes eran. Precisamente a través de ellos supo que en la finca de La Mata necesitaban carboneros, lo que no sabía es que estuvieran trabajando allí, y menos que hubieran dicho que eran carboneros.

—Bueno, La Peza, como digo, es un pueblo pequeño y nos conocemos todos. No sé quiénes serán, pero si dijeron que eran lo que no eran —titubeó— habrá sido, supongo, por la extrema necesidad en que se encontrarían. Yo llevo muchos días en lo mismo y sé que es desesperante. En esta situación los hombres se ven abocados a decir y hacer cosas que en una situación normal no dirían ni harían. Pero en lo que a mí respecta, la diferencia es que sí conozco el oficio y por eso le he dicho que me pusiera a prueba una semana, o el tiempo que considere.

—Bien, eso ahora no importa —cortó el patrón, con cierta discreción para no tener que dar los nombres de los mencionados paisanos de mi padre, aunque estaba seguro de que no se le escapaban. Además, la sinceridad y las maneras de hablar lo convencieron a primera vista, y no quería —como le diría mucho tiempo después—, que lo que él dijera creara problemas entre aquel hombre y sus paisanos, que, en principio, iba a trabajar para él. Al fin y al cabo, trabajando en la misma finca podrían tener alguna relación, aunque fuera esporádica. Con respecto al trabajo, el nuevo empleado fue tan convincente que estaba seguro de que no le mentía y por tanto era lo que necesitaba.

—Bien, entonces —dijo Jaime Mata— ¿cuándo quiere que vayamos a ver la finca?

Era tanta la necesidad que tenía mi padre, como ya se ha dicho, de trabajar, y la angustia de tantos días "dando bandazos" por la ciudad, malcomiendo por no querer ir a casa de su tía, a la que le decía que ya había comido cuando la realidad es que se pasaba las mañanas con el café bebido y algún vaso de vino, que dijo sin dudar:

—Ahora mismo, si quiere.

—No, hombre —cortó amablemente el futuro patrón— esta mañana tengo cosas que hacer en la ciudad. Quedemos para después de almorzar, a las tres de la tarde. Usted esté aquí a esa hora e iremos a La Mata para que vea dónde es el trabajo, y para que se vaya haciendo a la idea de lo que hay que hacer y cómo está el "corte" donde trabajará. Precisamente en el lugar y tal como lo dejaron sus paisanos hace más de dos meses.

Se trataba de los Galindos, dos primos más o menos lejanos, pero que en los pueblos se siguen considerando así aunque la parentela sea ya irreconocible, que habían llegado poco antes que mi padre a Tarrasa. En realidad, uno era barbero y el otro trabajaba un trozo de tierra que daba más trabajo y hambre que otra cosa. Eran de los pocos del pueblo que no tenían nada que ver con el carbón en un pueblo de carboneros. En los últimos tiempos, debido a la situación de penuria, intentaron enrolarse en un rancho con otros carboneros del pueblo, pero lo consideraron demasiado duro, no estaban acostumbrados a aquella vida arrastrada por el monte. Cuando tuvieron que cortar leña, las manos, desacostumbradas a aquello tan duro, se les llenaban de vejigas que al reventarse sangraban, haciendo imposible continuar. Deberían haber pasado mucho más tiempo hasta que aquellas manos adquirieran la dureza necesaria y se encallecieran para que el trabajo no les resultara un martirio. Pero antes de eso abandonaron.

Pero como el hambre apretaba y no estaban dispuestos a volver al rancho, decidieron pedir prestado el dinero para emigrar a Cataluña, donde según ellos había trabajo de sobra. Así lo hicieron, pero una vez en Tarrasa, y tras varios meses en casa de la tía, se convencieron de que, como se decía entonces, tampoco en Cataluña se ataban los perros con longanizas. Fue entonces cuando conocieron en una taberna cercana, reunión de carboneros del entorno, a un guarda de la finca La Mata, quien les dijo que su patrón buscaba carboneros con experiencia. Así fue cómo se presentaron, como lo hizo mi padre, en la casa de Jaime Mata. Y, después de trabajar unos días, el patrón se dio cuenta de que allí había más voluntad que experiencia. Pensó decirles que se fueran, que le habían engañado, pero lo pensó mejor y les dio

trabajo en lo poco de labor que había en la finca, que era la siembra y recogida de forrajes para los animales, alfalfas, maíz y poca cosa más, en un terreno poco propicio para la explotación agrícola. Como digo, pasa en los pueblos pequeños, todos están más o menos emparentados, y la tía de mi padre, "tía de primos hermanos", también lo era de ellos, quizá de parentesco más lejano, aunque seguían llamándose primos, tíos y sobrinos por alejados que estuvieran, como una costumbre ancestral de los pueblos pequeños.

Mucho rato antes de que dieran las tres, mi padre ya estaba merodeando por la casa de la calle García Humet para ir a la finca, tal como habían quedado por la mañana. Con ese sentido del tiempo que tiene la gente del campo, se tomó el suficiente "para que no le pillara el toro", y media hora antes de lo previsto llegó a las inmediaciones de la casa de Jaime Mata. Tampoco tenía nada que hacer, y a decir verdad, ni tenía que comer. Prefería no ir a casa de su tía y arreglarse con algún chato de vino que le distrajera el hambre. Preguntó varias veces la hora a la gente que apresuradamente se dirigía a sus obligaciones. Le daban la hora con cierta aproximación. Poca gente de aquella que iba con prisas a su trabajo podía presumir de tener reloj. Cuando consideró que ya se acercaba la hora, llamó a la puerta. Le abrió una señora de unos cuarenta años. Pensó que se había equivocado, al no ver a la muchacha andaluza que le había abierto por la mañana. Se quedó algo contrariado al esperar ver una cara conocida.

—Buenas tardes, he quedado con el señor Mata, bueno, hemos quedado que vendría a estas horas, me estará esperando.

La mujer, con una seriedad innecesaria, le miró de arriba abajo y le dijo que esperara. Sin duda no le debió de gustar la raída ropa que vestía mi padre, y sobre todo las alpargatas, tan parcheadas que hubiera sido tarea difícil averiguar si les quedaría algún pedazo de la tela o suela originales, con aire de autoridad, imponiéndose a quien veía en inferioridad. Le trató como vengándose de las muchas veces que quizá ella habría sido objeto de ese mismo trato. Ya se sabe que las gentes que han ascendido, aunque sea un pequeño escalón en su escala social, en lugar de ver a los de arriba como los causantes de sus desgracias, echan toda la bilis sobre los que están en

inferioridad de condiciones, como para afirmar su nuevo estatus, y para renegar del anterior.

—No entre, que me pondrá perdido el mármol.

Una ráfaga de indignación pasó por la mente de mi padre, imperceptible para aquella autoritaria mujer. Pasó por sus ojos henchidos de indignación, pero tragó saliva y se tragó su orgullo herido. Con la boina entre ambas manos vio cómo la puerta se cerraba en sus narices: Ni siquiera lo hizo pasar al recibidor, como había hecho la criada aquella mañana.

—"Por mi cabeza pasaron tantas cosas en aquel momento, en unos instantes, que de no haber sido por la necesidad perentoria, por el hambre que me cercaba..., con mi familia presente en mi pensamiento..." Después —me contaría años más tarde—, de muchas semanas había logrado ver la posibilidad de salir del túnel. Le hubiera dicho a aquella servil y maleducada mujer, aquel piojo revivido, lo que realmente pensaba de las personas como ella; que no iba a pedir limosna, sino en busca de un trabajo digno. Le hubiera dicho que al fin y al cabo ella lo único que hacía era recoger las migajas que les sobraban a los ricos. Le hubiera dicho esas cosas y muchas más, pero se las tenía que tragar con amargura. Era un desheredado y un derrotado que tuvo que soportar las palizas por parte de los fascistas que lo fueron a buscar cuando regresó, cándidamente al término de la guerra, en la creencia de que "quien no tuviera las manos manchadas de sangre... etc.," no tendría que preocuparse. Volvió al pueblo por pura necesidad cuando salió de la cárcel de Granada —la plaza de toros—. Cuántas veces se acordaría de un compañero de reclusión que estuvo condenado a muerte, fusilado a los pocos meses, que le había advertido que hiciera cualquier cosa, pero que no regresara al pueblo. Que se fuera a una ciudad grande, donde no lo conocieran. Que la represión indiscriminada sería mucho más irracional en esos pueblos y lo pagaría. Que el fascismo era algo que no tenía freno y sin la menor razón los caciques contarían con el total apoyo de las autoridades para sus tropelías y por tanto harían cuanto desearan sin que nadie se lo impidiera. Y que él ya tenía noticias de lo que estaba pasando en otros pueblos de la provincia y que las injusticias eran incontables. Que sacaban a la gente de sus casas para

cualquier cosa y eran fusilados en las tapias de los cementerios o en las cunetas de las carreteras. Que desaparecían y sus familiares no volvían a saber de ellos. Que eran enterrados en cualquier sitio sin que se supiera en qué lugar estaban los cuerpos. No le hizo caso y regresó a La Peza. "Porque yo no había hecho nada malo contra nadie", me dijo.

Le hubiera gritado a la estúpida mujer que ella también tenía que servir a otros y que lo que estaba haciendo era peor que lo que hacían los propios amos, al no ayudar a la gente como él cuando no perdía nada en ello. Aunque sólo fuera con un trato amable. En fin, le hubiera dicho todo lo que le hubiera venido a la boca, lleno de ira e indignación. Después habría dado media vuelta, o quizá no habría hecho nada, se habría ido cuando le cerró la puerta, y cuando volviera a abrirla que se quedara con un palmo de narices y que tuviera que explicar a su amo qué había pasado. Pero esta idea, sólo era una respuesta infantil. Respuesta dada a sí mismo. Todo esto revoloteaba en la cabeza de mi padre, todo esto le bullía, pero no se movió; se quedó mirando a la enorme mirilla de aspa que había quedado algo entreabierta, y pudo ver los movimientos de las personas en el interior. Poco después, y como algo contrariada, vio cómo se acercaba a la puerta y la abrió. Sin mirarlo siquiera le dijo que pasara.

—Entre, el señor Mata lo espera —dijo, al tiempo que abría la negra y enorme puerta.

Una insinuación de sonrisa se asomó a los labios de mi padre, al comprobar que aquella malcarada mujer había sufrido una pequeña derrota al verse obligada a hacerlo entrar por orden de su amo, a pesar de su atuendo y de sus maltrechas y empolvadas alpargatas. La miró un segundo a los ojos con una mirada entre el odio y la lástima, como una pequeña venganza, por haber sido compensado, en parte, de aquella humillación de momentos antes.

Durante muchos años la volvería a ver, cuando iba a rendirle cuentas del trabajo al dueño de la finca. Nunca tuvieron más palabras que las estrictamente necesarias. Nunca la olvidaría. Muchos años después, cuando la conversación lo requería, entre mi padre y yo, o entre algunos de sus compañeros de oficio, en días de lluvia que no permitían salir a trabajar, una

y otra vez mi padre solía referirse al trato recibido por aquella ama de casa, de llaves o lo que fuera. Lo que demuestra lo hondo que cayó en él aquella humillación innecesaria. Quizá más porque vino de una persona como él —también andaluza— pero que había sabido o podido entrar al servicio de aquella casa, con un cargo que le permitía un desahogo que los demás no podían permitirse en aquellos años.

De nuevo se encontró en aquella habitación repleta de cuadros y dibujos de motivos campestres y ante aquella mesa llena de papeles. Jaime Mata no estaba aún en el despacho. Se mantuvo en pie a la espera de que llegara. La boina la mantenía fuertemente en la mano izquierda, arrugada y prieta, como si de un asidero se tratara y le diera confianza para estar a la altura de lo que, intuía, iba a cambiar su suerte. Una suerte que para los pobres como él se resumía en poder trabajar para, mantener a su familia, que hacía mucho que no veía y a quien no había podido enviar ninguna ayuda hasta la fecha. Paseó de nuevo la habitación con la vista. Las cortinas estaban insinuando un poco de luz de la ventana que daba a la calle. Miró la mesa en la que descansaban papeles y carpetas muy bien ordenadas. Sobre un rincón de la misma, un crucifijo, más bien pequeño, era el único testigo que lo observaba, aunque estaba el pobre enclavado tan maltrecho que sin duda no estaba para muchos trotes. La espera se prolongó durante unos minutos que le resultaron largos. Se sentía observado por alguna mirada oculta, y eso hacía que mantuviera la compostura sin la menor concesión al relajo. Detrás del lugar que ocupaba el sillón de Jaime Mata había un cuadro con muchas fotografías pequeñas a las que la vista no alcanzaba con nitidez a ver las caras. Sólo pudo leer: Universidad de Barcelona, Facultad de..., y poco más. Unas fotografías algo rancias, con personas y vestimentas fuera de uso, de otros tiempos, en amigable estancia en lo que pensó era la montaña. Entre ellas pudo ver alguna sotana cubriendo un orondo y generoso cuerpo crecido con descaro a lo ancho, en épocas de obligadas delgadeces y malas nutriciones, que se le antojó un insulto. En otra de aquellas fotografías podía verse algún uniformado con boina roja, uniformes militares, así como varios cuadros con vírgenes y santos de toda la parafernalia de las mitologías cristianas. Una *madonna* con un niño en los brazos que le recordaba la que había en la casa

de sus padres, y a quien su madre, Trinidad, llamaba "la Virgen del Perpetuo Socorro". Nunca supo a qué venía tal nombre, pues mientras estuvo colgado el cuadro en su humilde casa de La Peza, y después en su casa de Guadix, "poco había socorrido en aquel hogar lleno de penurias", pensó mi padre con sarcasmo. En esos pensamientos estaba cuando Jaime Mata entró a la habitación con una chaqueta fina, de piel negra, en la mano. Lo saludó:

—Buenas tardes; pero siéntese, hombre, qué hace de pie. —Se repetía en cierta forma la escena de la mañana—. Siéntese un momento mientras recojo unas cosas que necesito; enseguida estoy listo.

Mi padre dijo no estar cansado, pero se sentó, y al hacerlo sintió alivio en los pies y en las rodillas. En realidad había salido por la mañana de la casa de su tía y había ido a la casa de su futuro patrón sin tomar más que un vaso de vino y un par de boquerones fritos en una taberna. Había estado haciendo tiempo hasta que llegaran las tres de la tarde para volver tal como había quedado, por lo que tenía el estómago vacío y estaba cansado. Así que agradeció el sentarse, aunque lo hizo en el borde de una silla de asiento y respaldo acolchado, sintiéndose mejor. Mientras, Jaime Mata abría y cerraba cajones de la mesa y recogía papeles que iba depositando en una enorme cartera de piel negra y bruñida, en la que unas letras plateadas declaraban al propietario: J.M.B. (Jaime Mata de la Barata). Con aparente disimulo y con cierta apariencia de naturalidad, se metió en el bolsillo algo que a mi padre le heló la sangre: Le pareció una pistola. El patrón parecía querer que no se viera la ostentación al guardarse el arma, pero que se supiera que iba armado. Naturalmente, mi padre no dijo nada, pero en sus ojos se notó una pequeña inquietud. Recordó la cantidad de obreros que habían sido asesinados, aunque enseguida lo atribuyó a la natural seguridad personal de la que los burgueses se proveían y que no tenía nada que ver con él. No se conocían y, además, qué sentido tenía que lo hubiera hecho ir a su casa. Aquello era motivo de preocupación, sobre todo viniéndole a la memoria hechos ocurridos después de la guerra por los pueblos de Andalucía, donde los caciques utilizaban las pistolas con toda ligereza e impunidad. La veda para imponer su ley se levantó con el final de la guerra. Mi padre no se había